



**Proyecto Educativo
de Centro**

Colegio Sagrados Corazones

El Colegio es un colegio confesional católico de iniciativa social, que educa desde una concepción cristiana de la vida, dando a la educación un sentido trascendente.

- a) CONCIBE la educación como un proceso de personalización y de formación para la incorporación a la sociedad desde esa cosmovisión
- b) CONSIDERA a la persona como ser abierto a la Trascendencia y en profunda relación con los que le rodean
- c) PRETENDE una educación personalizadora que tiene como centro al alumno, llamado a descubrir sus potencialidades como don y tarea para lograr una unidad de vida que supone una educación "para" y "en" libertad responsable.

El Colegio es un centro abierto a quien opte por un modelo de educación cristiana, en el contexto de una sociedad democrática y plural enriquecida por diferentes culturas. Rechaza todo afán de lucro, sin que esta intencionalidad y actitud sean un obstáculo para que el centro se desenvuelva con la dignidad que requiere la atención y formación de calidad de toda la comunidad educativa.

La Comunidad Educativa en su conjunto: equipo directivo, profesores, alumnos, padres, personal no docente, están llamados a colaborar corresponsablemente en la tarea educativa del Centro para hacer de ella reflejo de la comunidad evangélica.

1. Carácter propio

1.1 Signos de identidad

A Con una visión antropológica cristiana

La educación implica situarse bajo una concepción de hombre concreto que justifica el fin que se pretende alcanzar con el proceso educativo. Proponemos un modelo de persona que busca configurarse con la imagen del Hombre perfecto, Jesucristo, que

revela al hombre su dignidad y grandeza de hijo de Dios y le invita a vivir los valores de su Reino.

Como centro católico el proyecto educativo necesariamente sienta sus bases en la dignidad de la persona humana defendida por la Iglesia¹ y arropada por una filosofía educativa cristiana que se sabe siempre deudora de la revelación que Dios ha hecho a los hombres y del significado profundo que conlleva. Pues la dignidad de la persona radica en el valor intrínseco de un ser “capaz de” entrar en diálogo con Dios creador. El colegio considera al alumno como persona creada a imagen y semejanza de Dios, pero libre y responsable de su actuación. Encarnada en una condición sexuada que le identifica reclama el ser reconocida y respetada por todos. Dicha singularidad eleva el listón de trabajo de la tarea educativa e invoca la aportación corresponsable de una comunidad viva.

La unidad esencial originaria de la persona se ve dañada por el pecado y sus relaciones se resienten tanto con Dios como con los otros. La redención alcanzada en Cristo le eleva de nuevo a la participación de la vida divina y le capacita singularmente para vivir en comunión con los demás, en comunidad educativa que comparte la misma tarea.

La naturaleza humana, no totalmente concluida, se sirve de la acción educativa para el perfeccionamiento en todas las etapas de la vida. El hombre necesita del otro para su propia realización. En este sentido el descubrimiento de las propias riquezas y limitaciones son el camino que abre al ser humano a trascenderse y le invitan a vivir en dependencia.

Este crecimiento se ve acompañado con el proceso educativo cuando ayuda a desarrollar libremente una personalidad que tiende a la verdad, al bien y a la belleza.

B Formación integral, armónica y permanente para la propia vocación y el bien común

Nuestro proyecto educativo se basa en un planteamiento personalizador de educación integral donde se busca lograr una unidad de vida a partir del carácter integrador de lo espiritual para situarnos en el plano de lo profundo. No se conforma con aportar saberes instrumentales o estrategias que permitan desarrollar con eficacia una profesión futura para la sociedad. Busca prioritariamente contribuir al desarrollo pleno de la personalidad en cada alumno, ayudándole en un proceso continuo de humanización.

¹ CF. DEL VALLE. A. (2000). *La Pedagogía de inspiración católica*. Madrid: Síntesis. 26-27 pp

El alumno, persona singular, única e irrepetible, proyecto de Dios, está llamado a crecer de manera armónica como fruto de la labor educativa. En esta tarea el educador, testigo, desempeña un papel decisivo no simplemente de orientación.

La persona es una amalgama de dimensiones que creciendo a distinto ritmo están llamadas a una unión total en la que se expresa la rica personalidad.

-Física: entendiendo por dimensión física la realidad corporal del alumno como don creado por Dios y signo a través del cual se muestra al mundo. Dimensión con una gran influencia en el desarrollo armónico de las otras dimensiones por situarse en los niveles más puramente naturales. El conocimiento, cuidado, aprecio y crecimiento del propio cuerpo es un cauce para el desarrollo armónico y equilibrado de la inteligencia, de la voluntad y del corazón que favorece la formación moral. El señorío sobre el cuerpo sublima lo natural e invita a lo sobrenatural elevando al alumno de categoría y favoreciendo de raíz las correctas relaciones interpersonales. La educación de lo físico-corporal ennoblece al alumno al crearle hábitos de disciplina que le liberan de lo instintivo, al tensar su voluntad, y al enseñarle el valor de las normas.

-Intelectual: la dimensión intelectual que pretendemos potenciar en nuestros alumnos implica en primer lugar el desarrollo de las capacidades intelectuales y reflexivas del alumno orientadas a la adquisición personal de conocimientos y criterios que le capaciten para una madura, competente y responsable actuación en el mundo y un compromiso con la verdad que se manifiesta en su postura ante la vida, ajustando el pensamiento a la realidad de las cosas, dando la posibilidad de establecer una escala de valores, que apunten hacia grandes ideales.

Una sociedad como la nuestra en continuo cambio, que incide en todos los terrenos de la vida personal y de las relaciones sociales, requiere formar personas con capacidad de adaptarse constantemente a nuevas situaciones, a nuevas demandas sociales, a los nuevos descubrimientos y al avance de los conocimientos científicos y técnicos que renuevan los "saberes" necesarios para la actividad académica, profesional y social.

-Volitiva y del carácter: en nuestro proyecto educativo damos importancia a la formación de la voluntad, como capacidad del hombre para dirigirse en su obrar libremente hacia una meta trascendente. Una voluntad abierta al bien, a la verdad, a la belleza.

Buscamos la madurez del alumno como fruto del sano ejercicio de la libertad que les haga guías y dueños de sí, abiertos establemente hacia el bien y hacia los otros.

Capaces de darse y de recibir, actuando siempre con responsabilidad ante sí, ante los demás, ante la sociedad y ante Dios.

La madurez implica el conocimiento, autodomínio y la aceptación de la propia persona, de los demás y de las circunstancias de la vida. Incluye, junto a la adquisición y asimilación de contenidos intelectuales, el logro de un conocimiento cabal de la propia realidad personal, la autoaceptación y la decisión de luchar contra los defectos de carácter, el equilibrio emocional, la rectitud de intención en la toma de decisiones y el ejercicio responsable de la capacidad de elección.

Una atención especial merece el logro del autodomínio, que permite desarrollar la fortaleza necesaria para superar los obstáculos, hacer frente a los fracasos y disponer rectamente de uno mismo y de las cosas, estableciendo vínculos positivos con los demás.

-Afectiva: nosotros le damos una gran importancia porque ella genera el clima envolvente desde el que se relaciona una persona consigo misma, con los demás y con su entorno. Una persona equilibrada es aquélla que tiene equilibrado el corazón.

Le ayuda al alumno para conocer los propios sentimientos y emociones, tener capacidad para expresarlos, saber controlarlos, tener sensibilidad para ponerse en el lugar del otro teniendo en cuenta sus sentimientos, sus opiniones, sus dificultades; es decir el control emocional supondrá un beneficio para toda la comunidad educativa.

-Ética: La formación ética dispone al desarrollo armónico de las virtualidades encerradas en el ser humano, a la adquisición de virtudes configuradoras del bien y de la rectitud en la conducta personal y social. Esta formación ofrece al alumno posibilidades de enriquecimiento interior, estimulándole a que por sí mismo descubra la diferencia entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo honesto y lo inicuo y adquiera por propia elección la fortaleza necesaria para buscar siempre el bien, eliminando la indecisión, la falsa tranquilidad del conformismo. Que comprenda y manifieste con su conducta que la libertad es un instrumento al servicio del bien humano. En el centro el cultivo de esta dimensión busca desarrollar las relaciones entre todos los miembros de nuestra comunidad. Además del simple reconocimiento del otro es necesario una educación en valores, tanto naturales como sobrenaturales, en referencia al bien y al mal de las acciones del hombre para poder educar en el amor.

-Religiosa: el hombre es un ser naturalmente abierto a la trascendencia en la búsqueda de sentido para su vida. La educación de esta dimensión debe abordar los contenidos de la fe y nos hace descubrir las consecuencias del Bautismo para cada uno, su misión específica y las obligaciones que de ella se derivan, ya que la fe, aunque es una respuesta generosa a Dios en lo íntimo del corazón, no permanece en el ámbito de lo privado, sino que necesariamente se expresa en las obras, en la vida del cristiano.

El crecimiento de la fe se hace en el contacto íntimo corazón a corazón (alma a alma) con aquellas personas que la viven.

La fe se vive en comunidad y para sentirnos miembros de la Iglesia, potenciaremos en todo lo que nos sea posible, los planes de pastoral de la diócesis y de la Iglesia.

A la educación de esta dimensión pertenece también la formación intelectual que enseña la visión cristiana de la cultura, de la sociedad, de la naturaleza, del hombre y de la historia para que descubra que nada humano le es ajeno. Se tendrá presente que la madurez de la dimensión religiosa cristiana lleva necesariamente al compromiso y al testimonio público.

-Social: todos los miembros de la comunidad educativa estamos llamados a una coparticipación responsable en nuestro entorno. La dimensión social abarca desde la afirmación del “yo” ante, con y para los demás, hasta el respeto y cuidado de los bienes comunes, la búsqueda de actitudes tolerantes y democráticas y el ejercicio de derechos y deberes cívicos.

La maduración en esta dimensión social supone la capacidad de integrarse sin renunciar a la propia escala de valores, la aceptación y respeto hacia las personas, así como la responsabilidad en el cuidado de los bienes comunes, incluso el patrimonio natural.

-Estética: La capacidad para reconocer, captar y gustar de la belleza forma parte esencial de la naturaleza racional del hombre. El desarrollo de esta dimensión se cultivará por un lado en la relación con la propia persona (hábitos de higiene, presentación, modales...), por otro lado, en el contacto con la naturaleza, las obras de arte y en general, el patrimonio artístico y cultural, tanto el generado en nuestro entorno occidental como en otros contextos culturales.

El hombre tiende a la belleza, además de a la verdad y al bien. Para educar en la dimensión estética hay que fomentar la capacidad de asombro para descubrir el orden y la armonía, no sólo física sino también intelectual y moral.

La dimensión cultural sumerge al hombre en el sentido de la belleza educándole a través del buen gusto, la admiración, la contemplación, el entusiasmo y el respeto de la persona humana, de la naturaleza y del patrimonio cultural.

1.2 Modelo educativo

Nuestro modelo de educación se asienta en una base personalista, que tiene como fin hacer personas cuyos rasgos distintivos sean los del hombre nuevo. Se trata, por tanto, de una educación moral que propone un estilo de vida evangélico, en el que la referencia principal es Jesucristo y todos aquellos hombres que a lo largo de la historia se han ido dejando transformar por la acción del Espíritu.

Por eso buscamos que los alumnos sean mejores; no sólo en la dimensión intelectual siendo grandes expertos en estrategias, o que posean el más alto espíritu emprendedor, sino, sobre todo, que sean buenas personas, con un sentido profundo de la vida y capaces de apuntar a lo profundo de la realidad.

Nos apoyamos en tres intuiciones educativas personalizadoras:

La vida es una vocación

Cada persona realiza un proceso para construirse como persona en el que necesita ser ayudado. Por eso partimos de la necesidad de que los alumnos reconozcan su propio origen y descubran su fin último mediante un recorrido de formación permanente. Bajo el lema de “No cansarse nunca de estar empezando siempre” como leitmotiv impulsamos el trabajo constante también con uno mismo.

Damos gran importancia al educador como autoridad académica y moral, pues actúa como acompañante en el crecimiento del alumno, aunque este lo realice desde su libertad.

Los pies deben estar en la tierra

La base del aprendizaje y también de la educación personalista es la propia realidad. Por eso nuestra pedagogía es siempre realista, no sólo en tanto que reconoce la realidad como espacio que desvela la verdad, sino porque parte siempre de lo que la persona es, de su valía, no sólo de lo que tiene, o de lo que hace, o de lo que sueña llegar a ser. Se centra en el presente como motor sólido y única posibilidad de la propia existencia.

Para conseguirlo pretendemos facilitar estrategias que ayuden a descubrir a nuestros alumnos quiénes son, cuáles son sus potencialidades y cuáles sus límites. Además de mostrarles sus límites para desde ellos crecer y evitar el “enanismo educativo”. “Reconocerse y quererse con lo bueno y lo malo, requisito para el cambio”

Para comunicarlo

Intentamos concienciar a los alumnos del auténtico sentido del proceso de personalización no sólo para el perfeccionamiento individual, sino también para el bien común. Enseñar y aprender, a través de las asignaturas y el currículum, a darse a uno mismo es clave para introducir al alumno en un mundo cooperativo donde se siente con fuerza la dependencia de los otros.

1.3 Estilo pedagógico

El estilo educativo del Colegio Sagrados Corazones intenta aproximarse educativamente al carisma del Padre Morales, un jesuita que actualiza en la mitad del siglo XX los principios de san Ignacio de Loyola.

Los pilares de su línea formativa son: Acción, reflexión, servicio a través de los cuales busca llevar a la persona a la madurez individual mediante la entrega al otro.

La acción, entendida como constante trabajo para realizar el proceso de crecimiento, siendo el alumno el protagonista de la tarea (no se trata de realizar continuamente actividades).

Rasgo plenamente actual en el estilo educativo oficial que se entiende exclusivamente como capacitador para realizar tareas.

Reflexión en clave de aprender a rasgar las apariencias de los acontecimientos dándoles un nuevo sentido. Reflexionar no tanto como un frío proceso discursivo racional sino como discernimiento de la realidad desde el propio proyecto de vida.

Servicio actitud a través de la cual desvelamos a los alumnos el valor de su trabajo como una forma de construir la sociedad. Cada creatividad es una riqueza ofrecida a los otros como nueva posibilidad, buena o mala, pero nunca indiferente.

El estilo ignaciano muestra el significado profundo de la obra creativa. Apuesta por el ingenio personal como suma de fuerzas para mejorar la realidad. En concreto reivindicar la autoría supone dejar fuera de uno parte de sí mismo. Este reto implica enseñar a los alumnos que lo que se ofrece a otros debe estar bien hecho, porque no se trata de entregarles un producto sino de legar la propia persona, “expropiándose” en parte de la misma obra y haciéndose así misionero del próximo.